

HERALDO DE MURCIA

AÑO II

DIARIO INDEPENDIENTE

NÚM 304

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-

ses 7'50 PESETAS.

Comunicados á precios convencionales

Redacción: S. Lorenzo, 18.

MARTES 14 DE NOVIEMBRE DE 1899

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15

NI EN EL RIFF

Apenas pasa noche sin que el silencio de nuestras calles sea turbado por los disparos de arma de fuego, que en medio de la impunidad más escandalosa, hacen las turbas de gente borracha y soez que las recorre y campa en ellas por sus respetos como pais conquistado.

Anoche la juerga casi diaria no se desarrolló en la vía pública, aunque á ella trascendió después: tuvo lugar en un titulado círculo de recreo y hubo ríña acalorada, exhibición de armas blancas y de fuego, cuatro ó cinco tiros sin consecuencias y algún pinchazo; y como final, de fiesta, individuos que huyendo de las consecuencias de la bronca, se descolgaban de los balcones y se arrojaban á la vía pública.

La juerga fué, como se vé, monumental y de gran espectáculo y gracias á que las balas tuvieron el mal acierto de no herir á nadie.

Ante escándalos semejantes, que tan poco dicen de una población y de sus autoridades, suelen brillar por su ausencia los representantes y agentes de éstas; ya porque el número de agentes sea tan exiguo que no baste á garantizar la tranquilidad del vecindario y la seguridad del transeúnte pacífico, ya por otras causas cuyo resultado viene á ser el mismo: un estado de perpetua alarma para las personas pacíficas, y honradas, y una impunidad completa para las gentes maleantes, dadas al culto de todos los vicios y á la comisión de todos los crímenes.

No está aquí garantida la seguridad pública, en primer lugar porque para ello se necesitaría un gobernador enérgico, un gobernador de temple bajo cuya dirección se diera una buena batida á esas hordas de desalmados, de borrachos y de matones, que turban el sosiego del vecindario con sus desvergonzados escándalos y dan lugar á escenas que ni en el Riff se tolerarían por las autoridades del sultán de Marruecos.

Pero como aquí carecemos de gobernador, como aquí nadie se ocupa de perseguir á los burdeles de donde sale la ríña tumultuosa y donde tiene su génesis el crimen sangriento, como aquí campan por sus respetos y realizan en paz sus hazañas esas gentes que constituyen un peligro permanente para la tranquilidad pública, de aquí que no concebamos esperanza de que tenga término el espectáculo que con escándalo del vecindario se desarrolla todas las noches en las calles de nuestra culta ciudad.

Hemos de limitarnos, pues, á lamentar lo que viene ocurriendo, á formular nuestra protesta más enérgica siquiera esta se pierda en el vacío y á desear que vengan tiempos mejores en que las autoridades garanticen la seguridad de los vecinos pacíficos, hoy en constante riesgo y en alarma perpetua ante el desfrenado de lo más abyecto y bajo de la sociedad.

¡SANGRE!

Tardarán en olvidarse las palabras de Silvela. Rara vez el hombre de la selección y del sentido jurídico ha alcanzado así las alturas de la grandeza trágica. Juzgábasele un picapleitos y nos resultó un Diocleciano. «Si es necesario que la sangre corra, correrá cuanto sea menester.» Declaración terrorífica, que hieló la sangre en las venas.

La palabra sangre es una gran palabra; palabra imponente, emocionante, fatídica. Donde no hay sangre no hay drama para el vulgo. Una gota de sangre convierte en tragedia al más regocijado sainete. Una política exangüe sería una política sosa, insípida, sin accidentes ni emociones.

Aun en la retórica más elemental la sangre sirve de gran instrumento á la hipérbole. Contribución de sangre se llama al más odioso y odiado de los tributos. Sangrienta se apellida á la injuria que afronta y deshonra. Ahogar en sangre la insurrección, la rebeldía, la protesta, ha sido siempre uso y costumbre de los salvadores de la sociedad. Tribunales de sangre se ha denominado á aquellos que imponían en todos los casos

la muerte como sanción. Dar toda su sangre por algo es un supremo encarecimiento del que con vehemencia desea. Un duelo á primera sangre tranquiliza y consuela, haciéndonos esperar que los contendientes conserven al menos la segunda.

La palabra sangre tiene muchos sentidos metafóricos y traslaticios. Etnográficamente la sangre equivale á casta, raza, linaje, estirpe. En su aspecto geográfico la sangre forma arroyos, ríos, lagos, mares. En lo moral, mala sangre equivale á mala índole y perversa condición. Socialmente hablando, es sangre azul la sangre de la aristocracia, sin que sea fácil averiguar por qué se ha elegido como distintivo un color que mas recuerda el de la impura sangre venosa que no el de la rutilante y espléndida sangre arterial. Bandera roja es en la heráldica de los trajes gloriosos la bandera del exterminio; y roja es también en parte nuestra bandera como para significar la prodigalidad con que aquí suele derramarse el precioso líquido. Y en fin, rojos se llama á los políticos avanzados, sin duda para vincular calumniosamente en ellos la exclusiva de una leyenda de crueldad.

Aparte de sus preciosas funciones fisiológicas, fuera ya del organismo humano tiene la sangre muchas y muy variadas aplicaciones. Sirve para beber y calmar la sed de algunos que han sido llamados por ello bebedores de sangre. Sirve para pintar, como pintó su deshonra el protagonista del gran drama calderoniano. Sirve para regar, y con ella regaban el arbol de la Libertad los energúmenos de la revolución. Sirve para bañarse, especie de aseo personal que solo se han podido permitir en la historia los grandes personajes. Lava las injurias y deja el honor como nuevo. Sirve para teñir, y es un tinte tan indeleble, que bastó un poco de la sangre del viejo Banquo (no lo olvide Silvela) para que toda el agua del Océano no fuese suficiente á detener la manita de lady Macbeth. Sirve para gobernar, en opinión de muchos. Y sirve, en fin, para firmar documentos auténticos, valederos en el propio infierno, según lo acreditan los *Kabipunan* que han solido celebrarse con frecuencia al decir de la tradición entre los mortales y el diablo.

Es la sangre un fluido sutil, inestable, travieso que siempre está haciendo alguna cosa. Circula como cualquier transeúnte. Entra en el corazón como transfuga en partido y es expulsado de él como Polavieja del gobierno. Se regenera en los pulmones como nación bajo Silvela. Nutre el organismo como administración centralizada. Limpia y purifica el cuerpo como selección conservadora. Corre como estudiante perseguido. Arde, se enciende, se quema ó se hiela, y paraliza según la temperatura del medio moral. Se sube y encarama con frecuencia á la cabeza de los poderosos. Se retira y afluye al centro cuando se oyen ciertas amenazas. Se empobrece en ocasiones como contribuyente y hace bancarota como nación mal gobernada.

La sangre en la historia no es un tropo, sino una terrible realidad y un líquido de mucho consumo. Década sangrienta llamó a distinguido escritor contemporáneo, D. Miguel Villalva Hervás, á los diez años que ocuparon las regencias de doña María Cristina de Borbón y del general Espartero. Apenas habrá década que no merezca el mismo título. La historia está escrita con sangre. Sangre destilan sus páginas todas. Para enaltecer la piedad de los cruzados, cuentan los cronistas de entonces que á su entrada en Jerusalem, la sangre de los infieles les llegaba hasta las cinchas del caballo. La sangre de sus correligionarios, es el primero que ve el Radí de «Los Hugonotes» al asomarse á la ventana. Quien quiera que asome su nariz al ventanillo de la historia, como Fabié ha asomado la suya á todos los ventanillos del saber humano, contemplará el mismo espectáculo. Disidencias religiosas, emigración de razas, conflictos entre naciones, nacimiento ó caída de imperios, rivalidades económicas, ambiciones de poder, pleitos de legitimidad, soberbia de reyes, devaneos de reinas, todo ha servido de pretexto para derramar profusamente y sin tasa el líquido vital. Sería algo hiperbólico decir que con la sangre vertida hasta la fecha pudiera formarse un Océano, pero acaso nos quedemos cortos afirmando que con ella cabría llenar cumplidamente la cuenca del Mediterráneo.

No creemos, no podemos creer que Silvela, el dulce, el atildado, el meliflúo, pretenda ahora formar parte del batallón terrorífico de los grandes sangradores de pueblos. No podemos creer que quiera aplicar á su política aquella máxima de á «mal Cristo mucha sangre», propia de los malos pintores. Parecemos inverosímil que intente experimentar en sus conciudadanos la exactitud del principio de la vieja pedagogía «la letra con sangre entra». Y aunque estemos en tiempos de manzana, época en que se acostumbra á sangrar al puerco para fabricar morillas, en modo alguno nos daremos á imaginar que haya estadista capaz de

hacer con sus conciudadanos otro tanto. Así, cualesquiera que sean las preferencias de Silvela por el insigne héroe de Torrejón de Ardoz, siempre rehusaremos ver en él á un Sangredo de la madre España.

La supuesta ferocidad silvelina es más retórica que real. Padece Silvela de obsesión de las cosas sangrientas. Un día ofrece dejar en el camino del ideal trozos de su piel y pedazos de su carne. Otro día brinda su corazón como alimento á los que le ayudan á regenerar á la patria. Si él lo mira con sangre fría, verá ahora que España, después de la pasada hemorragia, más se halla amagada de anemia que de congestión, y más necesita tónicos y reconstituyentes, que no sangrías. No haya temor al terrorismo de Silvela, semejante por su condición á aquel protagonista de la obra del poeta de «Campanone», violento y sanguinario, pero al mismo tiempo blando y temeroso de Dios. La sangre que él derrame será semejante á la que pesa sobre la conciencia de D. José Echegaray, ese gran homicida inocente. Tanto más cuanto que Silvela sabe de sobra que la política imperante no merece que por ella se vierta una gota de sangre, ni siquiera de las narices.

ALFREDO CALDERON.

DESDE MADRID

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA: Los círculos políticos continúan muy animados.

Los temas casi únicos de las conversaciones fueron los sucesos de Barcelona y las noticias de la anunciada crisis. La opinión general en lo que respecta á Barcelona, era hostil al gobierno.

Todos censuran con gran dureza la ineptitud y torpeza de éste, así como su obstinado empeño en que no sean conocidas las noticias de cuanto ocurra en Barcelona.

El escandaloso abuso de la censura es unánimemente reprobado, pues si á los periódicos se les ocasionan perjuicios enormes no dejando que circulen los telegramas y telefonemas de sus correspondientes, también se perjudica á los particulares, y no poco, con esta medida.

De la crisis se ha hablado mucho, siendo mayor el número de los que creen es inevitable, pues la situación del gobierno, digan cuanto quieran los ministeriales es insostenible.

Suponiendo que las manifestaciones que ha hecho hoy Dato sobre la firmeza del gobierno pudieran ser incesadas, he hablado con un caracterizado ministerial y me ha dicho que, en efecto, el gobierno cree contar con la confianza de la corona, del país y del Parlamento. Ceguera se necesita!

Entiende que las manifestaciones de las Cámaras de Comercio y de sus simpatizadores en la prensa y Parlamento no significan los deseos de la opinión de que caiga este gobierno.

Es cierto que el gobierno no cuenta en el Parlamento con aquellas mayorías dóciles y sumisas que otros han tenido, pero cree que no ha de faltarle en el Congreso la mayoría necesaria para impedir una derrota.

En el Senado la situación es más difícil y puede ser peligrosa, porque la minoría tetuanista decide en la votación, y podría ocurrir que Tetuán faltase al compromiso contraído de apoyar á Silvela, como faltó cuando á fines de Febrero último votó contra Sagasta, derribándole.

Algunos ministeriales califican muy duramente la conducta del duque de Tetuán.

La verdad es que tiene en sus manos la vida del gobierno.

Recuerdan que el duque impuso candidatos para senadores y diputados, en las últimas elecciones, y el gobierno sacrificó á sus verdaderos amigos.

Viendo ahora la debilidad del gabinete, y aceptando un puesto en la conjura que se intenta, se dispone el duque de Tetuán á dar un disgusto á Silvela en el Senado.

Pero si una votación de empeño derrotase en la alta Cámara al gobierno, claro es que tendrá Silvela que irse, manifestando antes á la corona que solo apoyaría una situación presidida por Sagasta, y como Silvela tiene seguridad en que D. Práxedes no apoyaría ninguna situación intermedia, de aquí que se hagan cálculas sobre las soluciones probables.

Nadie apuntó siquiera la probabilidad de la vuelta del Sr. Sagasta al poder, por una razón de gran peso: porque el jefe del fusionismo no lo quiera. Estuvieran votados los presupuestos y ya sería otra la actitud del Sr. Sagasta, quien ayer sentiría romper sus propósitos de benevolencia hacia el actual gobierno.

Queda la solución Martínez Campos ó Tetuán.

¿El presidente del Senado querría serlo del Consejo? De querer, ¿le apoyarían los amigos del Sr. Silvela?

La primera pregunta puede contestarse afirmativamente; la segunda también.

El general Martínez Campos, espontáneamente, no querría presidir un Consejo, pero—recuérdese lo que ha dicho muchas veces—si el orden público está en peligro voy donde se me ordene; lo mismo á la presidencia de un gobierno, que á un cargo puramente militar.

En cuanto al apoyo de los amigos del Sr. Silvela, ¿quien duda que lo tendría incondicional?

Esto no merece discutirse. Silvela no se atrevería á negar su concurso y el de sus amigos al que le llevó á la presidencia del Consejo.

En cuanto al duque de Tetuán las opiniones están divididas. Ministeriales hay que se irían á las primeras de cambio con el duque, pero otros dicen que le harían una guerra sin cuartel.

Sin embargo, hay que desconfiar de estos últimos, suelen ser los que antes y por menos, se pasan al enemigo.

Nosotros creemos por estas y otras razones que el duque de Tetuán, con un poco de trasteo, se llevaría á la actual mayoría.

Y entonces si que la jefatura de Silvela, sin quererlo sus amigos, se había subido á los cielos. El duque de Tetuán, que es de los que practican el refrán «quien va despacio, va lejos», cargaría con ella, realizando así su ambición hábilmente y disimulada.

¿Pero un gobierno presidido por el duque de Tetuán, tendría condiciones de estabilidad? Aparé y que los hombres de que pudiera rodearse están, en su mayoría, desacreditados, las oposiciones habían de combatir fuertemente al gobierno que con ellos se formara; los gamacistas en venganza de haberlos alejado á ellos del poder; los fusionistas por temor á que el duque pudiera tener iniciativas y aciertos que los distanciaran un par de años de la presidencia del Consejo.

Un gobierno Tetuán sería, pues, efímero, como el de Martínez Campos.

¿Cual puede, pues, ser la solución? Este es el problema.

El gobierno confía en que los gremios de Barcelona depongan su actitud.

Hay que suponer, para que la depongan, que el gobierno habrá hecho ofrecimientos.

Hoy se verá el resultado de la situación que es realmente embrollada.

Cuanto se anuncie sería aventurado.

El corresponsal.

13 de Noviembre.

Efemérides del día

Miguel de los Santos Alvarez

Como otros muchos hombres que han brillado en las artes y en las letras, Miguel de los Santos Alvarez abandonó de joven su tierra natal para trasladarse á Madrid en busca de fortuna y glorias, y fué de los que con Larra, Espronceda, Zorrilla, Harizzenbuch y otros formaron aquella pléyade de jóvenes literatos que en los comienzos del segundo tercio del siglo XIX era el cerebro de la coronada villa y el poeta-estandarte del romanticismo literario.

Miguel de los Santos era un prosista cultísimo, galano y chistoso, y un poeta inspiradísimo y sentimental, y á veces todo agudezas y genialidades; pero tan amante de la «dulce quietud», que ha pasado á la posteridad sin el renombre y la fama á que era acreedor por sus méritos como literato y poeta, los cuales bien patentados están en los tres tomos de la «Biblioteca Universal» en que se han recopilado los trabajos perdidos en periódicos, revistas y álbums.

A poco de haber llegado á Madrid obtuvo un empleo en la Administración pública, y desde entonces fué la literatura para el joven vallsolletano una cosa secundaria, accidental; pues desde la carrera administrativa pasó á la diplomática, á la que consagró la mayor parte de su vida. Fué ministro de España en México y desempeñó importantes cargos cerca de los gobiernos portugués, brasileño y argentino.

Sus últimos años de vida los pasó en el ministerio de Estado y escribiendo cuentos y poesías sueltas.

Murió en Madrid el 15 de Noviembre de 1892, y vió la luz primera el 5 de Julio de 1817 en Valladolid.

Fué Miguel de los Santos Alvarez amigo entrañable de Espronceda y el que continuó «El Diablo Mundo», que éste dejó incompleto á su muerte.

HERNANDO DE ACEVEDO.

PARA LA EXPOSICION

Bajo la presidencia del alcalde señor Hernández Illán, se reunieron anoche en el ayuntamiento las comisiones de Hacienda, de Propaganda y de Instalación, de la próxima Exposición Agrícola, Industrial y Minera.

Después de cambiar impresiones respecto á la marcha de las gestiones que se están poniendo en práctica para el mejor éxito de aquella, se tomaron los siguientes acuerdos:

Construir tres pabellones destinados á la Industria, Agricultura y Minería.

Los proyectos de los dos primeros, hechos por el arquitecto municipal D. Pedro Cerdán, fueron aprobados y merecieron el general beneplácito.

El de Minería no se presentó, por no haber podido terminarlo aun dicho señor arquitecto.

A últimos del corriente mes, se sacará á subasta pública la construcción de dichos pabellones.

Se acordó que el señor Alcalde proponga al Ayuntamiento costear la construcción del pabellón de Agricultura, y que á su vez convoque al comercio, invitándole para que se encargue del de la Industria, en atención á que en él han de recaer los principales beneficios de la Exposición.

Para la construcción del pabellón de Minería se cuenta con la prometida subvención del ministerio de Fomento; pero de no realizarse ésta, el Sr. Hernández Illán se ofreció para consruirlo por su cuenta, respondiendo la junta á esta patriótica oferta con el acuerdo de compartir en ese ó en otro caso todo compromiso con la autoridad local.

Acercá de la proyectada lotería, propuesta por el Sr. Peñafiel para arbitrar recursos, y que ha parecido muy bien á todos, se convino en gestionar la correspondiente autorización para llevarla á cabo.

El pensamiento marcha viento en popa, como se ve; y todo hace augurar el éxito más lisonjero para la Exposición.

Para el próximo domingo convocará el Sr. Alcalde al comercio, con el objeto de exponer el pensamiento de la junta, respecto á la construcción del pabellón de Industria.

Los planos del Sr. Cerdán, para los pabellones de Agricultura ó Industria, son preciosos, especialmente el de este último.

TRAPOS Y MOÑOS

Los vestidos se hacen muy ajustados. Algunas de las grandes casas de confecciones tratan de resucitar para detrás de la falda, á fin de que resulte menos lisa, el pliegue redondo triple ó el pliegue abanico sostenido por un fondo de falda rodeada de tres filas de pequeños círculos. Otras casas continúan ofreciéndonos varios modelos absolutamente ajustados, á tal punto que las faldas miden en el bajo 2'50 m. de ancho. ¿Cual de las dos triunfará? Esto es lo que nadie puede prever; pero opino que tendremos aun este invierno los vesidos lisos por detrás.

Como esta moda es todavía reciente, creo que no se habrán aun cansado de llevarla nuestras elegantes. En cambio para los trajes de baile volveremos á los tiempos de las faldas huecas, recargadas de adornos de todas clases. Los cuerpos serán descotados llevando apenas una ligera hombrera en lo alto del brazo.

Las faldas para calle son frecuentemente rectas, creciendo en las caderas donde se cierran y caen sobre un volante en forma, apenas de 0'15 m. Esta hechura es la más general, la más cómoda y sencilla para ves ido de calle. Otras se hacen recortadas, acuchilladas, con caídas, colocándose unas sobre las otras á modo de pantallas, si así pueden llamarse estas faldas tan estrechas.

Los cuerpos son lisos, amoldándose al busto y ajustándose delante con ayuda de una ó dos filas de botones fantasía. A veces entran en la pretina de la falda; en este caso el cinturón de tela igual al vestido, de dos dedos de alto y completamente pespueteado, de modo que aplana más el tegido; otras veces el cuerpo forma un pequeño faldón ó termina en punta, delante ó detrás, no viéndose el cinturón. Bien entendido, esta forma no es única y no conviene á las personas de esmagado delgado y que no están muy bien formadas. Para aquellas se puede dejar una pequeña amplitud en la cintura, formada por dos pinzas vagas ó pueden adoptar la torera ó chaquetilla permitiendo en el interior una pequeña camiseta bombacha.

Muchas *toilettes* están adornadas de triples filas de pespunte formando sobre el vestido dibujos de muy buen efecto.

